

CAPÍTULO XVIII.

De uno de los manantiales del error. Necesidad del estudio teórico y práctico de la lógica. Criterio de Balmes.

Otro de los manantiales del error son las vulgaridades, ó sean los dichos comunes en el vulgo de los entendimientos, que los tienen como otros tantos oráculos, encastillándose en un proverbio cualquiera como en inexpugnable fortaleza. Entre los adagios y digámoslo así opiniones corrientes en la clase menos ilustrada que insensiblemente se adoptan y se prohijan por hombres de mas cultura, hay muchos que merecen figurar entre los axiomas y reglas de conducta; pero otros muchos ó debieran despreciarse ó no tomarse tan al pie de la letra como se acostumbra. De aquí proviene una intolerable ceguera en gentes que no saben raciocinar y para obcecarse no tienen mas fundamento que uno de esos vulgares apotegmas, los cuales si bien encierran algo de verdad, contienen mas de falsía, ó solo

en algunos casos son aplicables. Para darme á entender con un ejemplo, pondré aquí uno, que tuvo la honra de que Balmes le combatiera en su *Criterio*. *Piensa mal y acertarás*: en aquella obra pueden verse en las páginas 57, 58 y 59 las consideraciones en que nuestro insigne filósofo se apoya para llamar irracional á esta máxima. Mas para calificarla de contraria á la razon, basta decir que aplicada á una persona virtuosa ha de producir un juicio errado, que es lo que ordinariamente sucede con los que toman la malignidad como una regla de acierto. Á cualquiera que haga uso perenne del mencionado apotegma se le podrá preguntar: ¿pensando mal de un santo, acertarás?

Otros adagios hay que en los mismos términos con que se expresan, muestran su falta de verdad, por ejemplo: *Mas vale lo malo conocido, que lo bueno por conocer*. Lo malo por ser conocido, ¿dejará de ser malo? Lo bueno por ser desconocido, ¿dejará de ser bueno? Lo bueno siempre ha de ser mejor que lo malo. Parece que podria escribirse una larga obra si se tratara de recopilar todás las vulgaridades erróneas, que son moneda corriente. Es

pues indispensable que contra estas se arme como un guerrero quien se proponga evitar errores para dicha de la mente. En otra obra, en la del *Talento*, dije lo que me pareció para animar á la defensa de la verdad. En esta es otro mi blanco; y así no aconsejo ahora que se enristre la lanza, que se empuñe la espada y se corra al combate conquistando nuevos reinos; y no porque haya variado en mi modo de pensar, sino porque entonces hablaba á los que la divina Providencia ha dotado de talento, y ahora solo quiero presentar á sabios y á ignorantes algunos medios para conseguir la felicidad del pensamiento. Esta, como he dicho, consiste en su apacible placidez; y por consiguiente para lograrla y conservarla se han de alejar todos los motivos y ocasiones de guerra. Límitese pues la que se haga á las vulgaridades á estar á la defensiva, es decir, á no admitirlas en el baluarte de nuestro entendimiento.

Por este medio nos libramos tambien de entristecernos y temblar al oír muchos presagios funestos, y muchas amenazas fatídicas que examinadas á la luz de la razon no son mas que vulgares y despreciabilísimas patra-

ñas. ¿Para qué manchar con ellas el papel citando ejemplos? La religion y la recta razon están de acuerdo en proscribir las. Sin embargo, para eficazmente apartarse de las erróneas vulgaridades se necesita algun valor, el de las almas nobles y bien nacidas, el que siempre se requiere para sobreponerse á todo lo que es muy comun. Hay en esto un verdadero mérito, una verdadera gloria cuando se obra á impulsos de generosos sentimientos y con intenciones puras y no por la ridícula manía de singularizarse ó de llamar la atención. Este valor se adquiere con la consideracion de las ventajas que trae consigo y con la ennoblecedora repeticion de los triunfos parciales; pero sobre todo es hijo de pensamientos elevados.

¿Y cómo llegaremos á conocer las erróneas vulgaridades para huirlas? Esto equivale á preguntar cómo distinguiremos los errores. No hay duda en que los medios son los que enseña la buena lógica, y de aquí la necesidad de no contentarse con haberla estudiado sin acordarse de ella, y de estudiarla de nuevo si no se tienen presentes sus muy provechosas prescripciones. Es de advertir que muchos hablan

de lógica sin saberla, lo que es una ilusión y una vanidad pueril y reprehensible. Ni basta estudiarla á medias y en algun autorcillo de poco peso: búsquese un autor excelente y hágase su estudio con solidez. Balmes vino al mundo á darnos en su *Criterio* una lógica admirable, tanto por estar al alcance de toda clase de lectores como por haberle quitado esa aridez filosófica, que parece su inseparable compañera. Es un libro de oro. Merece estudiarse y meditarse toda la vida. Es en teoría el mismo Balmes que conocí hablando, obrando, escribiendo y haciéndose admirar bajo todos conceptos. Su *Criterio* estaba personificado en él, y él se retrató en su *Criterio*. Si bien se observa, la excelsa grandeza de su *Protestantismo comparado con el Catolicismo* y de sus demás producciones está en su filosofía, que era como el alma de todos sus escritos. Pues bien, el compendio de su filosofía teórica y práctica se halla en su *Criterio*.

Y ahora con una máxima del mismo Balmes daré un paso mas adelante, afirmando que de nada sirve el saber una cosa si no se tiene presente. Y esto es lo que sucede con la lógica; habrá profesores que la estén ense-

ñando, y sin embargo en sus juicios, en sus conversaciones pequen contra ella, es decir que solo la saben en teoría. ¿Qué sirve semejante modo de saberla? Haced algo mas; ponedla en práctica; aplicadla á todos vuestros juicios, sean ó no importantes; tomadla por antorcha para todo y en todo; haceos como niños que no pueden ir sin que se les dé la mano; dejaos guiar de tal manera por ella, que en esto encontrareis una de las vias que conducen á la felicidad del pensamiento.

CAPÍTULO XIX.

Las verdades que enseña la Religion son armas contra el error y contribuyen á la felicidad del pensamiento.

Aun tenemos otro medio eficacísimo para evitar muchedumbre de errores cabalmente acerca de los puntos mas interesantes. Aprovechémonos del magnífico caudal de verdades, que poseemos los católicos como un don del cielo, y ellas nos pondrán á cubierto de errores infinitos. Lo que sabemos como enseñado

por la Iglesia, lo recibimos de una fuente divina, y por lo mismo deberíamos tener una seguridad absoluta en las verdades aprendidas en el seno del catolicismo. Son infalibles: estamos obligados á creerlas infalibles: hé aquí un gérmen de dicha. Su posesion no solamente es para nosotros una inapreciable riqueza, sino tambien una mina abundantísima de donde podemos sacar los mas preciosos tesoros. ¡Qué de sublimes deducciones no se han hecho de ellas en todos los siglos! ¡Cuánto no han ilustrado al orbe! Apenas bastan las bibliotecas para contener las obras, que acerca de ellas se han escrito. Inagotable es su fecundidad. Tambien para nosotros pueden ser fecundísimas en excelentes frutos, que se nos conviertan en un árbol de vida para preservarnos de la muerte del error.

Sí; como del que ciega se dice que sus ojos han muerto á la luz del dia; así el entendimiento muere á la luz de la verdad cuando en él penetra la nociva tiniebla del error. Contra este nos suministra formidables armas nuestra riquísima religion católica, deramándonos con generosidad inexhausta los torrentes vivíficos de sus verdades vencedoras.

Son ellas una fortaleza inexpugnable. Efectivamente; con solo aprovecharse, como es debido, de las nociones que nos da acerca de los atributos de Dios, se puede hacer frente y rechazar falanges innumerables de errores multiformes. ¿Entre los filosóficos y teológicos habrá uno, que no se oponga de algun modo á alguno de los atributos del Altísimo? Recórranse en prueba de ello todas las herejías, y se verá que de una ú otra manera hieren alguno de ellos. Las concernientes á la gracia ofenden á un mismo tiempo á la justicia y á la misericordia del Señor. No hay jansenista, que no injurie su bondad; acaso no hay un mal filósofo, que no ofenda á su adorable Providencia. De mí puedo decir que sé poquísimo; pero que con solo la consideracion de los atributos de Dios he descubierto siempre toda clase de errores, pues son aquellos una admirable piedra de toque. Toda proposicion que, aun remotamente, se oponga á alguno de ellos es falsa. Hé aquí un modo breve de averiguar su certeza ó su falsedad, observar sus relaciones con los atributos de la Divinidad. Es admirable la armonía, que guardan con ellos todas las verdades capitales,

y el desacuerdo en que por el contrario están con ellos todos los errores teológicos ó filosóficos. No es este el lugar de extenderme acerca de tales observaciones, no habiendo hecho esta indicacion sino por via de ejemplo.

Quien dice de los atributos divinos dice lo mismo acerca de las demás verdades reveladas, y de todas las que reinan en el imperio de la verdadera religion. Todas ellas pueden ser en nuestras manos una espada fulminante para derribar los monstruos del error. Pero la tibieza de nuestra fé hace que muchas veces no lo sean. Sabemos poco, porque creemos friamente, porque no hacemos aplicaciones prácticas de las verdades que creemos. La creencia meramente especulativa es en sus resultados muy pobre si se la compara con la creencia práctica de la fé viva. Un cristiano tibio cree lo mismo que un cristiano fervoroso, y sin embargo este sabe mucho mas que aquel: el uno tiene guardado su tesoro y padece miserias: el otro lo guarda y lo gasta y se alimenta opíparamente. Así por ejemplo cree el cristiano tibio que hay Providencia, pero juzga de los acontecimientos como si no la hubiese, no la ve en sus prosperidades, no

la ve en sus aflicciones, no la ve en la marcha de la sociedad, no la ve en las revoluciones de los imperios, no espera en ella, no confía en ella, no la admira, no la adora; mientras para el otro es la divina Providencia un gran libro abierto siempre ante sus ojos, que en él están leyendo una insondable sabiduría, un poder maravilloso y una bondad infinita; y con tan sublimes lecciones la ve en todas partes, la admira en todas partes, la contempla en todas partes, la ama en todas partes, y en todas partes la respira y adora.

La religion es luz copiosísima para quien vive segun ella mas que para el que la sabe y la ha estudiado en universidades. Parece una paradoja, pero es una verdad que me han enseñado la experiencia y la observacion, que una mujer piadosa sin mas que haber leído unos cuantos libros devotos está mas penetrada y hace mejor uso de las verdades de la religion que un hombre versado en diferentes ciencias, pero de inferior piedad; aquella ve mas claro en las cosas de Dios y de los hombres, discurre con mas firmeza, hace aplicaciones mas terminantes y decisivas.

No podrá formar una disertacion, no podrá citar textos ni autoridades, no podrá manifestar los fundamentos lógicos de sus aserciones, no podrá disputar, ni convencer á quien no la crea desde luego; pero la luz de su entendimiento apoderándose de todo su corazon dirige los movimientos de este, obra de acuerdo con él, se identifica con él por decirlo así y viene á ser su vida y su alma. Por su union con Dios, en Dios lo sabe todo allá á su manera, mas con fijeza, con claridad, con fuerza, con superioridad de valor y de creencia. Así quisiera yo saber las cosas; así quisiera yo sentir las, aunque no supiese escribir acerca de ellas.

Se ha dicho que la religion se conoce á medida que se la practica, y considerándola como una ciencia se hallan otras en el mismo caso; pero en la religion la práctica adhesión á sus verdades les da con respecto á quien las cree una vida permanente y operativa, que dilata y fortifica sus resplandores. Estos adquieren una especie de elasticidad, que reverberando sobre mil objetos diversos, los iluminan para quien tiene el anteojo de una fé viva.

Si la religion ilustra tanto, y por consiguiente hace evitar innumerables errores en los puntos mas esenciales aun á personas de escasa instruccion ¿qué no hará con los talentos cultivados cuando llega á reinar en ellos? En varios apologistas y especialmente en el *Genio del cristianismo de Chateaubriand* y en el tomo 4.º del *Protestantismo comparado con el Catolicismo en sus relaciones con la civilizacion europea* puede verse lo mucho que le deben las ciencias y los grandes hombres que ha formado. Tambien se demuestra con muy breves y luminosas pinceladas su bienhechor y luminoso influjo sobre todos los ramos del saber humano en un bellissimo artículo que con el título de *armonia filosófica* ha publicado la *Civiltá Cattolica de Roma* en su segunda série, tomo segundo, cuaderno correspondiente al 21 de mayo de 1853. Para mi objeto deberia apropiarme gran parte del citado artículo de aquella tan excelente publicacion periódica; mas solo incidentalmente y como de paso he hablado de este punto al afirmar que la sincera creencia en las verdades religiosas contribuye poderosamente á evitar errores en materias de suma importancia,

y la ausencia de estos es un requisito principalísimo para conseguir la anhelada é interior ventura de la mente. La religion la enriquece, la sublima, la glorifica en cierto modo, y le entrega, por decirlo así, la llave de oro del palacio de la sabiduría, pues de sus principios infalibles y sobremanera fecundos se deducen consecuencias innumerables, magníficas, sublimes, é infalibles, que forman una inmensidad de luces tan seguras y esplendorosas como dispuestas á esclarecer las mas graves cuestiones y á repeler errores infinitos (1).

(1) He dicho en este capítulo que todo error filosófico se opone de alguna manera á alguno de los atributos divinos, y para evitar cualquier mala inteligencia, debo indicar que los errores meramente físicos solo se oponen de un modo indirecto por ser Dios la suma verdad, el origen y el centro de todas las verdades. Así pues los errores que pertenezcan al órden físico del universo, no estarán conformes con el tipo sempiterno de la verdad que les es contraria, la cual ha preexistido y preexiste en la mente divina.

CAPÍTULO XX.

*Belleza y nobilísimo origen de la verdad,
que coadyuva á la felicidad de la mente.*

Repito que la posesion de la verdad es uno de los elementos, que constituyen el venturoso bienestar de la mente; y si no me engaño, lo acabo de probar de una manera indirecta manifestando los males que impide, y por consiguiente los bienes que proporciona con solo desterrar el error, con cuya existencia es incompatible la suya; y sin apartarme de este objeto principal, he indicado algunas de las fuentes del error, apuntando al mismo tiempo los medios de evitarlo, todo lo cual tiene un enlace íntimo con la naturaleza y fines de esta obra.

Volvamos ahora á contemplar la verdad en sí misma para descubrir mejor su belleza, que hace feliz al pensamiento. Es hija de Dios; nació, ó mejor dicho, existió siempre sin principio, como su Autor eterno, en el seno de la Divinidad. Dios jamás ha estado sin la ver-

dad; es inseparable de ella; no se le puede concebir sin ella; así como es imposible concebirla sin alguna de sus infinitas perfecciones, porque en el instante que una de ellas le faltara dejaría de ser el Ente Necesario. Es una de ellas su sabiduría y en ella está la verdad, están todas las verdades; están como el contenido en el continente y como el efecto en su causa. Sabiduría infinita es el conocimiento perfecto y absoluto de todas las verdades; para que una cosa sea conocida es menester que exista de algún modo; Dios desde su eternidad conoció todas las verdades con su saber infinito; luego todas las verdades han existido y vivido desde ab-eterno en el augusto y adorable seno de la Divinidad. Hé aquí una de sus grandezas, hé aquí una de las prodigiosas bellezas de la verdad; no haber nacido en el tiempo, haber sido antes que el mundo y los ángeles, tener á Dios por padre, vivir en él como en su fuente por inconcebibles eternidades, y no poder señalársele un día ni un instante en que no haya existido en su divino Autor.

Hay mas: el Padre Eterno contemplándose á sí mismo, en quien están todas las verda-

des, engendra eternamente á su Verbo, que es al mismo tiempo su sabiduría, la luz de su luz, la imágen de su sustancia, una misma cosa con él en cuanto á su esencia y una persona distinta. Hé aquí el eterno fruto divino de la eterna contemplacion de la Verdad divina. La Verdad-origen ama á la Verdad-su expresion ó su Verbo; y este amor mútuo de ambas produce al Espíritu Santo, que es el complemento de la Divinidad, su lazo y su expansion inefable. El Padre creando todas las cosas hace que tengan una existencia visible las verdades, que preexistian en su mente augusta; el Hijo como sabiduría no solo las expresa á su Padre desde la eternidad, sino que las ordena en el tiempo; y el Espíritu Santo como Amor las fecundiza en los entendimientos creados iluminándolos para que con su luz crezcan en ellos, es decir, se descubran. Ante esta nobleza de la Verdad por su origen, su preexistencia y sus inenarrables relaciones con las tres Personas Divinas no hay mas que humillar la frente y sepultarla en el polvo, admirando el sello de sublimidad, que ha puesto el Altísimo en sus creaciones.

¿Cuándo morirá la verdad? Nunca. Ved aquí

otra nobleza suya. Pasaron los ancianos descendientes inmediatos de Adán, que llevaban en sus canas cerca de mil años; pasaron junto con las aguas del diluvio los gigantes corrompidos, que poblaban la tierra; pasaron los padres de las nuevas naciones de la raza de Noé; pasaron los primeros imperios, que habían fundado los mas poderosos de entre ellos; pasaron los otros imperios, que les sucedieron; pasaron los afamados Griegos y Romanos, que habían destruido á los Persas y todas las demás prepotencias mundanas; pasaron los pueblos guerreros llovidos por el Septentrion sobre el Asia y la Europa; pasaron las generaciones de la edad media y de la caballería andante; pasaron los siglos de Leon X y de Luis el Grande; va pasando el siglo de las transformaciones napoleónicas, y pasarán cuantos vengán en pos, porque el universo con todos sus habitantes por último ha de arder con fuego venido de los cielos. Y las verdades sobrevivirán á tantas ruinas, á tantas muertes, á tanto exterminio de mundos, y reinarán gloriosamente junto con la virtud entre los resplandores de la Jerusalem eterna, teniendo bajo sus pies las vencidas muchedumbres de los

errores sepultados en abismos de humillaciones y tormentos inacabables.

CAPÍTULO XXI.

La verdad muy excelente esposa del entendimiento.

Para poner en claro cuán grata sea al entendimiento la belleza de la verdad, bastaría considerar que se halla adornada de las mas recomendables cualidades de una excelente esposa. No hay en ella doblez ni fingimiento; es cándida, sencilla, apacible, generosa; no escasea sus consejos saludables; á todas horas hállase dispuesta á derramar sus luces y á servir de guía en todos los caminos de la vida; pone un término á las ansiosas dudas é incertidumbres, acude á las necesidades, hace toda clase de servicios, consuela, dulcifica las penas y jamás incomoda. Cuando se desposa con el entendimiento, luego que este la ha admitido en su casa, ella la gobierna, la vivifica, y es la gloria de su esposo. Si este no la aparta de sí desagradecidamente, ella va siempre con él por las alturas y por el llano, por los es-